

de Iturbide, quien, reuniendo todos los elementos y conciliando los intereses de todos, la dió feliz cima. Al que la inició y al que la consumó, debe la nacion entera consagrar igual veneracion y gratitud. El nombre de ambos debe ser pronunciado por ella con profunda veneracion. Si las fuerzas que en un tiempo acaudillaron, combatieron en distinto bando, no fué porque no amasen ambos con igual ardor la independendencia de su patria, sino porque no estaban de acuerdo en los medios de alcanzarla; el pensamiento de uno y otro era el mismo; el país debiera tributar el homenaje de su gratitud de igual manera al iniciador que al realizador, celebrando y reuniendo en un mismo dia, ya fuese el 16 de Setiembre, aniversario del grito, ya el 27, aniversario de la independendencia, los dos faustos acontecimientos de la patria: la proclamacion de la independendencia y la realizacion.

El amor á la patria, el deseo de emancipacion habia sido igual en los realistas nacidos en la Nueva España que en los que combatieron en las filas independientes; la diferencia no estuvo en la idea, sino, como he dicho ya, en la manera de realizarla. Los segundos creyeron que no debian ver en los españoles sino injustos conquistadores á quienes era preciso quitar el dominio del país entero. Los primeros, reconociendo su origen español, sabiendo que á la anexion de aquellos países á la corona de Castilla debian la existencia todos los habitantes, excepto los indios y los negros; conociendo, por lo mismo, que si sus ascendientes no tenian derecho á la posesion del país, tampoco ellos podian tenerlo, porque nadie puede ser heredero de lo usurpado cuando hay legítimos herederos co-

mo eran los indios, y solo los indios; considerando que defender los derechos al trono de Moctezuma era justificar la opresion de las mismas naciones indias del Anáhuac que habian estado oprimidas por el imperio mejicano, y temiendo, en fin, que la raza indígena, viéndose armada y creyéndose única heredera legítima del país, diese principio á la guerra de castas, querian la independendencia; pero la querian considerando á los españoles como hermanos, como séres de una misma familia.

Perjudicial fué aun en lo sucesivo, como á su tiempo veremos, el haber inculcado en las masas la falsa idea de que todos los nacidos en la Nueva España eran descendientes de los vasallos de Moctezuma que habian venido sufriendo sucesivamente, por espacio de trescientos años, el peso de la conquista efectuada en los antiguos aztecas. Este error, repetido con demasiada frecuencia en los vehementes escritos de D. Carlos María Bustamante, en multiplicados folletos y en los discursos patrióticos del 16 de Setiembre pronunciados en los primeros años de consumada la independendencia, mantuvo vivo, en la clase menos ilustrada, el odio hácia los españoles, cuyos funestos resultados podian haber sido mayores de los que fueron, á no estar dotado el pueblo mejicano de esa índole suave y benigna que felizmente le distingue y le honra. La clase ilustrada del país, conocedora de la historia, que ama su patria, sin que por esto deje de gloriarse de su origen español, miraba con sentimiento el error histórico en que se habia incurrido; pero como la idea se habia arraigado profundamente en el vulgo, no era fácil separarle de ella. Varias personas ilustradas, de las muchas que honran la

literatura mejicana, han publicado despues obras de notable mérito presentando los hechos bajo su verdadero punto de vista, llevadas del noble deseo de destruir los resentimientos brotados de una falsa creencia y de dar á conocer la verdad. Entre esos escritores que han prestado un verdadero servicio á la historia, se encuentran D. Lucas Alaman, y el instruido abogado y filósofo historiador D. Víctor José Martínez, cuya obra denominada *Sinopsis histórica, filosófica y política*, impresa en Méjico en 1874, encierra reflexiones de notable enseñanza. El general mejicano D. Manuel Terán, hombre de verdadero mérito por su saber y su juicio, que se habia distinguido notablemente defendiendo la causa de la independenciam, admirándose del extravío de los que siendo descendientes de españoles consideraban á Moctezuma como á uno de sus antiguos emperadores, decia, «que él nunca se habia considerado mas que como español rebelado»; esto es, no como vengador del imperio azteca, sino como español americano que combatia para alcanzar la emancipacion á que tiene derecho de aspirar todo país cuando llegado á una altura notable de civilizacion y abundancia como se encontraba Méjico, merced, no á los antiguos gobernantes indios que nada hicieron por sus pueblos, sino á los esfuerzos de los monarcas de Castilla.

Estado de las naciones de Anáhuac antes de unirse á España y después de su union á ésta. La Nueva España, que por trescientos años habia estado unida á la metrópoli, figuraba ya entre las naciones independientes. La España que en 1521 descubrió aquel vasto país, desconocido hasta entonces para la Europa, quedaba alejada de todos los asuntos de su antigua colo-

nia. El país que regido por reyes y caciques indios entró á formar parte de la monarquía española esperando mejorar su posicion social y política, sus adelantos y su civilizacion, podia ver si habian sido ó no defraudadas las esperanzas concebidas por los habitantes que presenciaron la llegada de Hernan Cortés y de los primeros hombres blancos que la tradicion religiosa les presentaba como los prometidos por el dios del aire Quetzalcoatl. El que haya seguido paso á paso la historia de Méjico desde que empezaron á establecerse en el vasto país de Anáhuac las diversas tribus indias que llegaron buscando territorios mas abundantes que los del suelo que habitaban, formando naciones diversas que estuvieron en continua lucha unas con otras, habrá podido apreciar en su verdadero valor el cambio favorable que se operó en aquellos pueblos durante el gobierno vireinal, hasta el momento en que empezó la lucha de independenciam en 1810. La mayor parte de las naciones indias habian sido conquistadas, una despues de otra, por los mejicanos que, habiendo sido los últimos que llegaron al país de Anáhuac, y salido de la esclavitud á que los redujo el régulo de Colhuacan, fundaron su reino en 1325 en la árida isleta de la laguna, dando á la ciudad, que constituia todo su territorio, el nombre de Tenochtitlan, que significa «águila sobre el nopal», que era la señal que encontraron, como les habia dicho el oráculo, para que se estableciesen. Valientes, sufridos, industrioses, emprendedores y con una civilizacion superior á la de las demás tribus, excepto la que ostentaba la nacion acolhua, cuya capital era Texcoco, pronto empezaron á ensanchar

las fronteras de su estrecho territorio, conquistando, por medio de las armas, otros pueblos y otros señoríos. El primer reino conquistado por los mejicanos Naciones indias conquistadas por los antiguos mejicanos. fué Azcapozalco, en 1425, que dista dos leguas de Méjico; siguió á esta conquista la de Coyohuacan, que formaba parte de la nacion tepaneca, á la cual pertenecia Tacuba, que tambien quedó sujeta á la corona de los reyes aztecas. A las conquistas referidas siguieron la de Xochimilco, Cuitlahuac, Cuernavaca, llamada en indio Quauhuahuac, la de Cuautitlan y Toltitlan, distantes siete leguas al Norte de Méjico. Por los años de 1438 fué conquistado el reino de Chalco por Moctezuma I. Poco despues conquistó el mismo emperador los reinos de Huaxtepec, Yauhtepec, Tepoztlan, Yacapichtla, Tololapan, Tlalcozauhtitlan, Chilapan, Coixco, Oztomantla, Tlachonallac y Tzompahuacan. En 1454 conquistó el mismo Moctezuma I á Coaixtlahuacan, en la Mixteca, y en 1457 á Cotaxta, provincia situada en la costa del Seno Mejicano. Los mejicanos siguieron las conquistas de los estados de Jamazollan, Piaxtlan, Xilotepec y Acatlan. En 1464 conquistó el emperador Axayacatl á Tehuantepec, situado en la costa del mar Pacífico, á cuatrocientas millas al Sudoeste de Méjico, y continuó su conquista hasta Coatulco, que en el siguiente siglo fué un puerto muy frecuentado por los buques españoles. Por el año de 1470 hizo el mismo Axayacatl la conquista de Tlatelolco, cuya ciudad llegó desde entonces á formar una con la de Méjico, ó mejor dicho, como un suburbio de ésta, como lo es actualmente. Ambicioso de gloria y de poder, conquistó poco despues á

los matlatzincas, nacion belicosa y valiente establecida en el valle de Toluca, se apoderó en el tránsito de los lugares de Atlapolco y Xalatlahuaco, y despues conquistó, en el expresado valle, á Toluca, Tenango, Metepec, Tzinancatepec, Calimaya y otros pueblos de la parte meridional del valle, conquistando mas tarde la parte septentrional del referido valle, que hoy se conoce con el nombre de *Valle de Ixtlahuacan*, agregando á su corona la ciudad de Xiquipilco, perteneciente á la brava nacion otomite, los lugares de Xocotitlan, Atlacomolco y otros varios que se hallaban en aquel ameno valle. Queriendo Axayacatl ensanchar sus dominios por el Poniente, se dirigió de nuevo por el valle de Toluca, y pasando mas allá de los montes, conquistó las ciudades de Tochpan y Tlaximaloan, quedando desde entonces este último lugar como frontera del poderoso reino de Michoacan. Volviendo luego hácia el Oriente, se hizo dueño de Acuilla y de Malacatepec. A estas conquistas hechas por Axayacatl, siguieron en 1477 y 1478 las de otros catorce reinos ó ciudades sometidas por su sucesor en el trono, Tizoc, séptimo rey de Méjico, contándose entre ellas Chillan y Yancuitlan en el país de los mixtecos, y Tlapa, Mazatlan y Tumapachco. Muerto el rey Tizoc en 1482 y sucediéndole en el trono el belicoso Ahuitzotl, verificó éste nuevas conquistas, agregando á la corona los pueblos de Cozcacuauhtenango, Cuapilolla y Cuaultla, situado éste en la costa del Seno Mejicano. En los veinte años que reinó, agregó al imperio mejicano numerosas provincias que no pudieron resistir á sus aguerridos ejércitos que llevaron sus armas victoriosas hasta Guatemala, distante novecientas millas al Sudoeste

de Méjico. Los valientes habitantes de Atlisco, que habian defendido su independenciam con notable heroismo, fueron al fin sujetos al imperio azteca, y varios pueblos que trataron de sacudir el yugo mejicano se vieron reprimidos y tratados con extraordinario rigor. Unicamente conservaban su independenciam el reino de Michoacan y la república de Tlaxcala.

Michoacan no pudo ser dominada por los emperadores aztecas. Los michoacanes, nacion guerrera, valiente y no menos adelantada que la mejicana, habia rechazado todas las invasiones que los emperadores aztecas habian emprendido con el objeto de conquistarla. Los tlaxcaltecas, prefiriendo la muerte á someterse al cetro de los conquistadores de las demas provincias de Anáhuac, habian sostenido largas y sangrientas luchas. Esta virtud

Amor patrio de los tlaxcaltecas. de amor patrio, llevada hasta el grado mas heróico por los tlaxcaltecas, habia llenado de indignacion á los poderosos monarcas de la conquistadora Tenochtitlan, y prohibieron á todos los pueblos conquistados el que permitiesen llevar á la república enemiga ninguno de los productos de que ésta carecia, entre los cuales se contaba el algodón y la sal, indispensables el uno para vestirse y el otro para condimentar la comida. Los tlaxcaltecas, viéndose privados de las cosas mas precisas á la vida, enviaron una embajada al rey Axayacatl, en

Intimacion de los antiguos mejicanos á los tlaxcaltecas, y enérgica respuesta de éstos. 1464, manifestando la injusticia que se cometia con ellos de parte de Méjico, impidiéndoles que comerciasen con los demás pueblos. Los mejicanos, que no podian soportar que nadie resistiese al poder de sus armas, contestaron: «que el rey de Méjico era señor universal del mun-

do, y todos los mortales sus vasallos, y como tales debian los tlaxcaltecas darle obediencia y reconocerle con el tributo, á ejemplo de las otras naciones; pero si rehusaban someterse, perecerian infaliblemente, su ciudad seria del todo arruinada y su país habitado por otras gentes (1). A esta arrogante contestacion correspondieron los embajadores tlaxcaltecas con otra llena de valentía y de noble altivez: «Poderosísimos señores», dijeron; «Tlaxcala no os debe ningun tributo, ni desde que sus antepasados salieron de los países setentrionales para habitar esta tierra han reconocido jamás los tlaxcaltecas á algun principe de esa manera. Ellos han conservado siempre su libertad, y no estando acostumbrados á la esclavitud, á la que vos pretendéis reducirlos, antes que rendirse á vuestro poder, derramarán mas sangre que la que derramaron sus mayores en la famosa batalla de Poyauhtlan.» No desmintieron los hechos estas palabras, y combatiendo sin cesar contra las aguerridas huestes mejicanas, y privados en sus comidas de la sal, se mantuvieron libres, dando ejemplo de constancia y de heróico patriotismo.

Muerto el rey Ahuitzotl en 1502 y elevado al trono Motecuzuma II, noveno monarca de Méjico, envió éste un numeroso ejército con objeto de verificar la conquista de Tlaxcala; pero habiendo sufrido una completa derrota, se vió precisado á desistir de su intento. El país, pues, á excepcion de Michoacan, Tlaxcala y el reino de Texcoco que habia sido aliado constante de Méjico, se hallaba conquistado por los emperadores aztecas, y todos los pueblos

(1) Clavijero, *Historia antigua de Méjico*, libro V, pág. 402, edición mejicana reimpresa en 1853.

sometidos al poder de los vencedores, carecian de libertad. Cada conquista habia llevado la desolacion á la provincia conquistada, y cada sublevacion emprendida para recobrar la independencia castigada con rigor extraordinario. Los pueblos que oponian resistencia eran entregados al saqueo y despues á las llamas, sin que se diese cuartel ni á niños, ni á mujeres, ni á ancianos, los cuales se retiraban con anticipacion á las montañas; los pri-

Victimas humanas, sacrificadas á los dioses. prisioneros eran sacrificados á las sangrientas divinidades ó reducidos á la clase de esclavos; ya dejo referido el número considerable

que fueron sacrificados por Ahuitzotl en la apertura del templo dedicado al númen de la guerra Huitzilopochtli. Cada nuevo rey azteca que subia al trono, salia á verificar alguna conquista ó reducir á la obediencia á alguna provincia rebelada, para hacer el mayor número de prisioneros posible y sacrificarlos en las fiestas de su coronacion. El número de victimas que debieron perecer en aras de la funesta divinidad desde 1425 en que se verificó la conquista de Azcapozalco por Itzcoatl, cuarto rey de Mejico, hasta 1521 en que cayó el imperio azteca, esto es, en los setenta y seis años que ejerció el poder sobre las naciones conquistadas, es enorme. Los prisioneros hechos en cuatro años por Ahuitzotl pueden servirnos de dato para hacer un cálculo, sino exacto, sí muy aproximado de los que perecieron en la piedra de los sacrificios, pues las batallas y conquistas de sus antecesores Moctezuma I, Axayacatl y aun de Tizoc, acaso excedieron á las suyas, aunque él fué quien dió la última mano al engrandecimiento del poder azteca.

Numerosas debian ser tambien las victimas que á su vez sacrificasen los que, defendiendo su independencia ó tratando de recobrarla, lograban hacer prisioneros mejicanos en las reñidas y continuas lides. Pero no eran solo las hecatombes de prisioneros, por desgracia, las que sufrían aquellas guerreras y valientes naciones que poblaban el Anáhuac; otras no menos sensibles para la humanidad se ejecutaban en las fiestas religiosas en niños y personas de ambos sexos, pues el número de los conducidos á la piedra de los sacrificios en esas solemnes funciones dedicadas á las funestas deidades ascendia, tomando la cifra menos alta que señalan los historiadores mas recomendables, á veinte mil anualmente (1). Toda fausta noticia se celebraba con victimas humanas; y en los funerales de cada rey se sacrificaban un número considerable de esclavos y de personas de su servidumbre.

Enormes tributos que pagaban á los emperadores aztecas las tribus conquistadas. Las cargas y los tributos que pesaban sobre las naciones conquistadas por los emperadores aztecas, eran superiores á la que los pueblos podian pagar en aquella época en que la riqueza del país estaba reducida á muy pocos

(1) Don Juan de Zumárraga, primer obispo de Méjico, en carta escrita el 12 de Junio de 1531 al Capitulo general de su orden congregado en Tolosa, asienta que el número de victimas entre niños y niñas era de veinte mil al año. «Pero lo que no se puede referir sin causar espanto y horror», dice, «es que tenían antes por costumbre, principalmente en la gran ciudad de Tenoxtitlan, sacrificar todos los años á sus dioses mas de veinte mil corazones de niños y niñas.» Varios escritores han afirmado que la cifra anual ascendia á cincuenta mil entre hombres, mujeres y niños. D. José de Acosta, que vivió en el siglo de la

artículos, y en que el oro solo se cogia en corta cantidad, en determinados lugares en que se hallaba casi á flor de tierra, pues carecian de instrumentos para explotar las minas. Cada provincia de las conquistadas entregaba sus enormes tributos en semillas, aves, minerales y todo cuanto producía su territorio, segun la tarifa que le estaba prescrita, y además de esto, cada comerciante pagaba una parte de sus mercancías, así como todos los artesanos un número señalado de las obras que hacían. En cada una de las capitales de esas provincias tributarias del imperio azteca, habia un vasto edificio destinado á guardar los granos, vestidos y todos los efectos que los recaudadores, puestos por el conquistador, recogían en los lugares de su distrito. Nada se hacia mas aborrecible á los pueblos conquistados que la vista de esos recaudadores que desplegaban un despotismo insufrible sobre los contribuyentes, y trataban á los tributarios con insultante altanería y orgullo; las insignias que llevaban para dar á conocer su autoridad eran, como ya tengo dicho en el tomo primero, una vara en la mano derecha y un abanico de hermosas plumas en la izquierda. Los tesoreros del rey tenían señalados, con escrito-pintura, los pueblos tributarios, así

conquista de Méjico, dice que habia día en el cual, en diversos lugares del imperio mejicano, se sacrificaban cinco mil, y en algunos hasta veinte mil. Otros han asentado que en el solo monte de Tepeyacac eran sacrificados veinte mil á la diosa Tonantzin (nuestra madre) semejante á la diosa Centeotl, deidad de la tierra y del maiz. El historiador mejicano D. Francisco Clavijero cree que el número que se acerca mas á la verdad es el de veinte mil al año, y yo, juzgando lo mismo, he asentado esta cifra.

como la clase de efectos y cantidad que cada uno de ellos debia entregar. En la coleccion de sesenta y nueve escrito-pinturas que por orden del ilustrado primer virey de Méjico D. Antonio de Mendoza, llegó á reunirse, poniendo sus interpretaciones en lengua india y en castellano, hay treinta y seis que representan los lugares principales de una ó de muchas provincias del imperio (1). El número de vestidos de algodón que se exigía, así como el de granos y el de plumas, era excesivo, no siendo menor el que se imponía en otros efectos, segun las producciones de cada provincia. Las ciudades de Soconusco, Huehuetlan, Mazatlan y otras de aquella costa, como ya tengo referido en otra parte de esta obra (2), pagaban anualmente á los emperadores aztecas, además de un número considerable de vestidos de algodón, cuatro mil manojos de hermosas plumas de brillantes colores, que entonces formaban parte del traje

(1) Esta instructiva y curiosa coleccion que el virey Mendoza envió á Carlos V, cayó en poder de un corsario francés que apresó el buque en que la mandaba. Las pinturas, despues de haber estado en manos de Thévet, geógrafo del rey de Francia, fueron publicadas en Paris en 1692 con la interpretacion francesa, tomada del español. En la copia publicada por Thévenot, referente á esas treinta y seis escrito-pinturas relativas á los lugares tributarios, faltan la XXI y la XXII, y en lo general las figuras de las ciudades tributarias. En Méjico se hizo una copia en 1770; pero es mas incompleta, pues faltan en ella, además de las dos que se echan de menos en Thévenot, la XXVIII, XXIX, 47 y 48, de la coleccion de Mendoza. Tiene, sin embargo, la publicacion hecha en Méjico una notable ventaja sobre la de Thévenot, y es que tiene grabadas en lámina todas las figuras de las ciudades, aunque hay en ella grandes errores en la interpretacion, por lo cual el hombre estudioso debe procurar salvar esos errores.

(2) Tomo I, páginas 418 y 419.